

La Historia de las Relaciones Internacionales: Notas para una aproximación historiográfica

José Luis Neila Hernández

Universidad Autónoma de Madrid

Las relaciones internacionales como construcción cultural es indisoluble del marco histórico en que surge y evoluciona. Una noción dinámica y compleja en su naturaleza que impregna de forma constante la visión y la interpretación del pasado. La expresión atesora, en sí misma, un doble plano de convergencia: por un lado, el que circunscribe a un «sector de la realidad social» y, por otro, el que traza su contorno como «disciplina científica»¹. Una doble dimensión caracterizada a su vez por la constante interacción e interdependencia entre el objeto y el sujeto. El historiador, del mismo modo que otros científicos sociales, ha sido y es creador de nuestra visión del mundo.

Al aproximamos al estudio de las relaciones internacionales, algunos historiadores, como Brunello Viguzzi, han insistido en la necesaria contextualización y periodización para conocer no sólo la realidad social, sino también las condiciones sociales del conocimiento. En un Coloquio celebrado en París en 1985, el historiador italiano incidía en la conveniencia de historizar no sólo las fuentes y el modo de leerlas, sino también las relaciones entre las ciencias sociales y la historia². Prisionero de su tiempo, en el sentido braudeliano, el historiador interroga

¹ Véase BARBÉ, E.: *Relaciones internacionales*, Madrid, Tecnos, 1995, p. 19. En una misma línea argumental consúltense los trabajos de TRUYOL y SERRA, A.: *La Teoría de las Relaciones Internacionales como Sociología (Introducción al estudio de las Relaciones Internacionales)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958, pp. 5-18, YDEL ARENAL, C.: *Introducción a las relaciones internacionales*, Madrid, Tecnos, 1987, p. 16.

² Véase BOSSUAT, G.; JARDIN, P.; MARÈS, A. y REY-LÓPEZ, A.: «Problemes de méthode pour les historiens européens», en *Relations Internationales*, núm. 42, verano de 1985,

al pasado bajo la influencia de sus circunstancias personales y las pautas de pensamiento preminentes en su entorno cultural. El constante diálogo entre el historiador y otros analistas sociales con el pasado siempre se ejercita desde el horizonte del presente.

Desde estas premisas afrontamos el modesto empeño de estas páginas, la aproximación a la evolución y la naturaleza de la inquietud intelectual por analizar y comprender la realidad social internacional, desde la historia de las relaciones internacionales y el horizonte de las ciencias sociales.

Cualquier paso en esta dirección habría de llevarnos a dilatar el trazo de estas pinceladas preliminares para preguntarnos ¿qué entendemos por relaciones internacionales y en su aspecto más sustancial por lo «internacional»? Los primeros pasos con los que encamina Daniel Colard su estudio introductorio a las relaciones internacionales se ciernen sobre la génesis y la semántica del término «internacional». Éste, en su sentido literal «entre las naciones», fue una noción acuñada por el filósofo inglés Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII³, evocando un mundo organizado y «dividido –en palabras de D. Held– en espacios nacionales y extrajeros: el *mundo interior* de la política nacional territorialmente limitada y el *mundo exterior* de los asuntos diplomáticos, militares y de seguridad»⁴. Un mundo forjado, por tanto, a la medida de los Estados.

En su naturaleza y su génesis las relaciones internacionales corportan una parte muy significativa de la experiencia histórica de la civilización occidental. En la medida en que Occidente ha desempeñado un papel hegemónico en el mundo en la trayectoria de su modernidad, su sistema o sistemas de relaciones sociales internacionales y sus mecanismos intelectuales para hacerlo inteligible, y a menudo legitimarlo, traducen esa posición privilegiada.

La configuración de la sociedad internacional actual, mediando un trágico ciclo de guerras mundiales, fue el resultado, como acertadamente

p. 224, donde se recoge la intervención de Bmello Vigezzi en el debate. Sobre el mismo tema volvería a incidir en «L'histoire des relations internationales: formation et perspectives», en *Meeting of Stuttgart. Problems and discussion on the History of International Relations*, Cahier núm. 1, Madrid, Commission of History of International Relations, agosto de 1990, p. 19.

³ COLARD, D.: *Les relations internationales*, París, Masson, 1981, p. 11.

⁴ HELD, D.: «¿Hay que regular la globalización?», en *Claves de razón práctica*, núm. 99, enero-febrero de 2000, p. 4.

vaticinaba Alfred Zimmern, del tránsito desde un mundo determinado por las relaciones entre los Estados hacia un mundo basado en las relaciones entre los pueblos⁵. La noción de relaciones internacionales había de retratar, en consecuencia, un universo social más amplio y complejo. Un universo que no se podía reducir al haz de «relaciones interestatales», el núcleo de lo que constituía –en opinión de Raymond Aron– tradicionalmente las relaciones internacionales, sino en el que se desenvolvían a su vez: las «relaciones internacionales», en sentido estricto, en referencia a las relaciones establecidas entre individuos y entre grupos que pertenecen a naciones diferentes; y las «relaciones transnacionales», que se establecen a través de las fronteras, y que están determinadas por colectivos, por organizaciones no explícitamente vinculadas a una entidad política⁶.

En tanto que disciplina científica, la aproximación intelectual a una realidad social tan multidimensional y compleja ha dado lugar a una extraordinaria heterogeneidad terminológica y conceptual en virtud de los diferentes contextos históricos, la pluralidad en las tradiciones culturales o las distintas estrategias en la configuración del campo de estudio. En el marco de las tradiciones y convenciones dominantes en el viejo continente, Esther Barbé y Celestino del Arenal asumen la denominación de «relaciones internacionales» como disciplina-marco. A partir de ella, escribe Celestino del Arenal, se abarca:

«(...) el conjunto de las relaciones sociales que configuran la sociedad internacional, tanto las de carácter político como las no políticas, sean económicas, culturales, humanitarias, religiosas, etc., tanto las que se producen entre los Estados como las que tienen lugar entre otros actores de la sociedad internacional y entre éstos y los Estados. De esta forma (...) puede decirse, en principio, que las relaciones internacionales es la ciencia que se ocupa de la sociedad internacional»⁷.

Una disciplina matriz que ha ido adquiriendo autonomía científica respecto a otras ciencias sociales y una de cuyas señas de identidad es su carácter transdisciplinar. Siendo la historia una vía de conocimiento

⁵ ZIMMERN, A.: *The Study of International Relations*, Oxford, Clarendon Press, 1931, pp. 5 y ss. Citado en PALOMARES, C.: «Hegemonía y cambio en la teoría de las relaciones internacionales», en *Afers Internacionals*, núm. 22, p. 21.

⁶ ARON, R.: *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 266-267.

⁷ DEL ARENAL, C.: *Introducción a las...*, p. 20.

indispensable en una disciplina joven y autónoma en el panorama académico de la última mitad de siglo, la valoración del papel y el lugar de la historia difícilmente se puede realizar con rigor sin contemplar en su conjunto el decurso histórico de los saberes sobre la realidad internacional. Y es desde este ángulo, el de la «historia de las relaciones internacionales», entendida como el «estudio científico y global de las relaciones históricas que se han desarrollado entre los hombres, los estados y las colectividades supranacionales en el seno de la sociedad internacional» –en palabras de Juan Carlos Pereira⁸, desde el cual pretendemos esbozar su lugar en el seno de la «ciencia de la sociedad internacional» y en el plano del conocimiento histórico.

1. El lugar de la historia en la «ciencia de la sociedad internacional»: el diálogo entre la teoría y la historia

Entendida la «ciencia de la sociedad internacional» como mero general del conocimiento en el que se insertan las distintas disciplinas científicas que históricamente se han ocupado de forma explícita de las relaciones internacionales, Celestino del Arenal argumenta que:

«(...) El derecho internacional es históricamente la primera disciplina que merece el calificativo de ciencia de la sociedad internacional, seguida posteriormente de la historia diplomática y de la diplomacia, si bien en el siglo xx perderán tal sentido y alcance ante el desarrollo de una nueva disciplina, las relaciones internacionales, que se presenta como la ciencia de la sociedad internacional de nuestros días»⁹.

En consecuencia, el contexto histórico y las propias condiciones sociales del conocimiento conferirán un contenido diferenciado a la expresión «ciencia de la sociedad internacional» en virtud de las vías de aproximación intelectual a las relaciones internacionales.

El privilegiado punto de mira desde el que la historia –la historia diplomática- y el derecho internacional observaban y conformaban

⁸ PEREIRA, J. C.: «Introducción. La historia de las relaciones internacionales en España. Respuestas, propuestas y conclusiones», en VV. AA.: *La historia de las relaciones internacionales: una visión desde España*, Madrid, CEHRI, Universidad Complutense de Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, Ministerio de Educación y Ciencia, 1996, p. 5.

⁹ DE ARENAL, C.: *Introducción a las...*, p. 26.

una determinada visión de la realidad internacional hasta bien avanzado el siglo XX, fue dejando paso a un nuevo orden intelectual. Un nuevo orden en el conocimiento del medio internacional, propugnado ya en 1919 por D. P. Heatley en su obra *Diplomacy and the Study of International Relations* ¹⁰, que traducía la inquietud de círculos académicos y políticos por comprender y actuar sobre una realidad internacional en transformación. La emergencia de nuevos fenómenos había de llevar consigo necesariamente la creación de inéditos instrumentos y métodos de análisis ¹¹ y efectivamente, el ciclo de guerras mundiales en el transcurso del cual se fue cimentando y configurando la sociedad internacional actual deparó una «revolución» de similar magnitud en el orden intelectual. A su vez, la emergencia de las relaciones internacionales, como disciplina científica autónoma, no es sino el reflejo de un proceso más amplio en el marco del conocimiento en torno al hombre como sujeto social, el tránsito –**si** se nos permite esta licencia– del siglo de la historia al de las ciencias sociales.

Asimilados desde múltiples perspectivas y tradiciones estos cambios en las sociedades occidentales, el ascendente anglosajón en la concepción y el desarrollo de la sociedad internacional en aquel contexto histórico se dejaría sentir en el origen y la consolidación de las relaciones internacionales como nueva disciplina científica. La emergente disciplina canalizaba desde el ámbito académico el compromiso por evitar el drama de una nueva contienda y la construcción de un marco de convivencia internacional que garantizase la paz a partir de los cimientos ideológicos del liberalismo. Fue, por tanto, en esta atmósfera en la que surgieron las primeras iniciativas académicas para promover una educación, unas corrientes de opinión y rigurosos estudios para promover la paz y analizar en su globalidad las relaciones internacionales. Nueva York y Londres serían los escenarios de los primeros centros de investigación en relaciones internacionales –**eI** «Council on Foreign Relations» y «The Royal Institute of International Affairs», respectivamente – **te**– creados en 1919 y de los que emanarían las prestigiosas revistas *Foreign Affairs* e *International Affairs*. En los campus universitarios aflorarían, asimismo, las primeras cátedras como la Woodrow Wilson de Relaciones Internacionales en Aberyswyth en 1918 o la de relaciones

¹⁰ HEATLEY, D. P.: *Diplomacy and Study of International Relations*, Oxford, Clarendon Press, 1919.

¹¹ Cfr. PALOMARES, C.: «Hegemonía y cambio...», p. 19.

internacionales en la «London School of Economics and Political Science» desde 1923 ¹².

En el continente, donde también había arraigado la literatura y el pensamiento pacifista tanto de euño liberal como marxista, el creiente interés por los asuntos internacionales transitó dentro de los confines tradicionales del derecho, la historia y la sociología. En conseeuencia, el predominio académico del derecho internacional y de la historia diplomática determinó la mayor parte de los análisis e interpretaeiones de la realidad internacional, obstaculizando y aplazando la consolidación de las relaciones internacionales como disciplina autónoma, cimentada en la ciencia política ¹³.

Definidas sucintamente estas pautas, en un momento crucial en el amanecer de un nuevo orden intelectual en el estudio de las relaciones internacionales, no juzgamos estas páginas como el lugar más idóneo para profundizar en las principales claves y los avatares en la evolución de la nueva disciplina científica. Sí estimamos, en cambio, conveniente precisar las referencias sobre las grandes líneas y debates en las relaciones internacionales, sin cuya consideración difícilmente podría afrontarse la reflexión en torno a los encuentros y desencuentros entre la historia y la teoría.

Tras la consolidación de las relaеiones internacionales como disciplina científica, después de la II Guerra Mundial, los sueesivos debates y paradigmas ilustran los esfuerzos de adaptación y de comprensión a la cambiante realidad social internacional. Los grandes debates desde el idealismo-realismo, del período de entreguerras, a la controversia tradicionalismo-ciencismo de las décadas de los cincuenta y sesenta y, por último, el debate interparadigmático de los años oehenta, transcurren, en opinión de Gustavo Palomares, al hilo de las siguientes premIsas:

«Si en anteriores momentos de la todavía corta historia de las relaciones internacionales como ciencia el objeto de debate estuvo centrado en el campo de estudio, en el concepto o la metodología más adecuada para el análisis de los fenómenos internacionales, desde finales de los años setenta es la cuestión

¹² Véase LANGHORNE, R., y PARK, W.: «International History in Britain», en VV. AA., *La Historia de...*, pp. 101-102; DEL ARENAL, C.: *Introducción a las...*, pp. 44-47, Y BARBÉ, E.: *Relaciones Internacionales...*, p. 31.

¹³ DEL ARENAL, C.: *Introducción a las...*, pp. 58 Y 131-134.

relativa al modelo o diferentes modelos de las relaciones internacionales la que está en el centro del debate teórico que caracteriza esta ciencia»¹⁴.

El modelo de aproximación a las relaciones internacionales, como centro de gravedad del debate interparadigmático, ha sido objeto de una amplia y renovadora literatura especializada. Entendidos los «paradigmas», en palabras del propio Thomas S. Kuhn en 1962, como «realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica»¹⁵, desde estas páginas asumimos el concepto en un sentido amplio y flexible en la misma línea en que lo hace Esther Barbé, es decir, como una «concepción global del objeto estudiado» y un mapa que ofrece una imagen del mundo y una guía de investigación¹⁶.

Atendiendo a criterios esenciales como la visión del mundo propia de un enfoque, los actores básicos y la delimitación del objeto de estudio, desde los años ochenta se ha cimentado un cierto consenso al diferenciar los paradigmas concurrentes en la disciplina que, en opinión de Kepa Sodupe, serían: el estatocéntrico, el globalista y el estructuralista¹⁷. El debate interparadigmático -*prosigue*-, lejos de ilustrar una fase precientífica en la disciplina, expresa, en cambio, la «existencia de un paradigma, en su momento respaldado abrumadoramente por la comunidad académica, que ha comenzado a ser cuestionado por visiones alternativas del mundo»¹⁸.

El *paradigma estatocéntrico* ha sido el modelo hegemónico en el estudio de las relaciones internacionales y se ha erigido en el patrón dominante en la nueva disciplina. En el seno de la tradición de pensamiento hobbesiano, el realismo fue portador de una visión eminentemente conflictiva de las relaciones internacionales, asociada al fracaso del sistema internacional de Versalles y el mundo de la guerra fría, y en la que el Estado era el auténtico protagonista de las relaciones

¹⁴ PALOMARES, G.: «Hegemonía y cambio...», p. 28.

¹⁵ KUHN, T. S.: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 13.

¹⁶ BARBÉ, E.: *Relaciones internacionales...*, pp. 56-57.

¹⁷ SODUPE, K.: «El estado actual de las relaciones internacionales como ciencia social: ¿crisis o pluralismo paradigmático?», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 75, enero-marzo de 1992, pp. 179. Véase, asimismo, PALOMARES, G.: «Hegemonía y cambio...», pp. 30-31, y ВАШИЛИ, E.: *Relaciones Internacionales...* p. 57.

¹⁸ SODUPE, K.: «El estado actual...», p. 183.

internacionales en un mundo en el que prevalecía el «estado de naturaleza». El estatocentrismo fue, asimismo, el patrón en el que se fraguaron tanto el idealismo como el behaviorismo ¹⁹.

Desde los años setenta se modelarían aproximaciones globales alternativas al estatocentrismo, desde las cuales se pretendía afrontar la comprensión y el análisis de nuevos fenómenos e inéditos problemas internacionales. Entre las nuevas respuestas, el *globalismo* aboga, desde una perspectiva occidental y liberal, por una visión sistémica del mundo que desborda el estrecho marco de los Estados para desplazar su eje de gravedad a la sociedad internacional, en la que intervienen e interactúan un amplio abanico de actores. La otra opción alternativa vendría del paradigma *estructuralista*. Mas crítica y anti-sistema en sus formulaciones se presenta como heredera de los teóricos del imperalismo, en su mayoría marxistas. Una tradición de pensamiento que desde el siglo XIX ha suscitado una visión del pasado y del mundo alternativa al estatocentrismo. Si bien es cierto que el estructuralismo surgió, en primera instancia, como una crítica a la teoría del desarrollo vigente en Occidente, ha ido asumiendo desde sus múltiples formulaciones –la teoría de la dependencia, el análisis centro-periferia o la teoría del sistema mundo– el carácter de un verdadero paradigma alternativo.

Suscitada la cuestión paradigmática en el horizonte más amplio de la ciencia de la sociedad internacional, algunos especialistas como K. I. Holsti llegaron a mediados de los setenta a la conclusión de que las relaciones internacionales se han desarrollado desde el siglo XVII hasta la década de los setenta del siglo XX en el marco de un único paradigma, el *eslalocéntrico* ²⁰. El panorama actual proyecta una imagen multiparadigmática en la que predominio del estatocentrismo es cuestionado por enfoques alternativos que, si bien desde diferentes polos, abundan en una *visión holística* y «*sociocéntrica*» superadora no sólo del altar del Estado, sino también de la concepción exclusiva de un sistema internacional basado en los mismos.

La crisis del paradigma estatocéntrico revela, en suma, la propia transformación de la sociedad internacional y de la disciplina en la translación del eje de gravedad en las relaciones internacionales desde el Estado a la sociedad, en toda su complejidad y multiplicidad considerada y manifiesta en la heterogeneidad y la escala de sus actores,

¹⁹ *Ibidem*, p. 192.

²⁰ *Ibidem*, p. 183.

trascendiendo desde el individuo hasta la propia sociedad internacional, y la extraordinaria diversidad de sus interacciones.

La eclosión de las ciencias sociales tras la Segunda Guerra Mundial es un fenómeno esencial para comprender los senderos de renovación en la historia como conocimiento científico. En esta línea argumental, los avatares de las relaciones internacionales como disciplina científica no pueden disociarse del proceso de construcción de una historia de las relaciones internacionales, superadora de las limitaciones de la historia tradicional decimonónica, en el mundo académico occidental. En este juego de haces, la multidisciplinariedad se ha convertido a lo largo del siglo en un rasgo capital en los estudios sobre las relaciones internacionales. El lugar de la historia de las relaciones internacionales en el marco de las ciencias sociales que se ocupan de la realidad internacional y el desafío por hacer de la historia un «estudio científicamente elaborado» —en expresión de Lucien Febvre²¹— ha acaparado el interés de algunos historiadores y científicos sociales desde el prisma de la *relación entre historia y teoría*.

La teoría y la historia de las relaciones internacionales, consideradas como un «producto» intelectual característico de este último medio siglo²², han coexistido frecuentando lugares comunes y conscientes de la necesaria interdisciplinariedad, pero en permanente recelo e incertidumbre respecto a sus mutuos vínculos. La historia de las relaciones internacionales, una vía de estudio de reciente implantación en las historiografías europeas occidentales, se ha desenvuelto en un plano de evidente desigualdad respecto a la teoría de las relaciones internacionales.

La división, pero no oposición, entre la historia y la teoría ha configurado una serie de estereotipos que evidencia las luces y las sombras en el indispensable diálogo entre ambas. Brunello Vigezzi, el historiador de las relaciones internacionales que mayor atención ha prestado a este debate en los últimos años, sistematiza el haz de imágenes recíprocas, que desde el polo de la percepción de los teóricos respecto

²¹ FEBVRE, L.: *Combates por la historia*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1986, p. 40.

²² Véase VIGEZZI, Brunello: «Teóricos e historiadores de las relaciones internacionales. Discusiones y perspectivas», en DUROSELLE, J.-B.: *Todo imperio perecerá. Teoría sobre las relaciones internacionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 440. Los encuentros y desencuentros entre la teoría y la historia de las relaciones internacionales transcurren al hilo del debate tradicional historia-ciencia y el posterior replanteamiento del que ha sido objeto desde la filosofía de la ciencia en la posmodernidad.

de los historiadores ha devenido: en primer término, en la desconfianza, cuando no el rechazo, hacia la «historia diplomática», como expresión de la reacción frente al historicismo en el que surgió la teoría y la tendencia de la historia a justificar los acontecimientos; en segundo lugar, en las dificultades, inherentes o adquiridas, del historiador para ocuparse de los acontecimientos y de los problemas «contemporáneos»; en tercer término, en la distancia que separa al historiador de la reflexión a la acción; a continuación, en la reclusión de la aportación de la historia como mera materia prima para la formulación y la verificación de la teoría; y, por último, en una delimitación de tareas según la naturaleza metodológica de cada saber, en virtud de la cual la historia, en la medida en que se ocupa del acontecimiento «singular», «único» y «no reproducible», comprende la situación que «corresponde al momento», mientras que la teoría, comprometida con el establecimiento de los vínculos entre los acontecimientos, indaga en las «constantes», las grandes «explicaciones» y, en definitiva, en la «generalización»²³.

Desde el polo opuesto, la percepción de la teoría por parte de los historiadores de las relaciones internacionales cristalizó en un sentimiento de desconfianza hacia aquélla, en la medida en que ésta retomaba las aspiraciones de las «ciencias naturales (o de ciertas ciencias sociales)>> reduciendo a un plano estrictamente racional un objeto de estudio que escapaba por su propia naturaleza de aquel constreñido corsé.

El diálogo entre la teoría y la historia se ha movido, por tanto, en un clima de mutuos recelos que, sólo a partir de la década de los setenta, como concluía un estudio realizado en la universidad de Stanford, comenzaba a dar signos de una mayor vitalidad. En aquel trabajo, Paul Cordon Lauren, tras pincelar la escasa integración entre ambas, abogaba por un diálogo ineludible de forma que condujera a «una mejor historia, a una mejor teoría, y quizás, si fuera correctamente utilizada, a una mejor política exterior»²⁴. Siendo aún en este final de siglo distantes los balcones entre la teoría y la historia, las vías

²³ VICEZZI, B.: «La vita internazionale tra storia e teoria» («International Relations between History and Theory»), en *Relazioni Internazionali*, marzo de 1990, pp. 26-27; Y del mismo autor «*Teóricos e historiadores...*», pp. 441-444.

²⁴ GORDON LAUREN, P.: *DipLomacy. NeU! Approaches in History. Theory and Policy*, New York, The Free Press, 1979, pp. 3-17, citado por ELIZALDE, M.^a D.: «Diplomacia y diplomáticos en el estudio aClual de las relaciones internacionales», en *Historia Contemporánea*, núm. 15, 1996, pp. 36-37.

de aproximación e intercambio han alcanzado un punto, como bien afirma Brunello Vigezzi, en el que la teoría ha «experimentado» la historia y la historia ha «experimentado» la teoría ²⁵.

El esbozo académico e historiográfico de la historia de las relaciones internacionales ha de llevarnos, en última instancia, a su escenario natural, la historia.

2. La «isla» de la historia de las relaciones internacionales en el «archipiélago» de la historia

La «isla» de la historia de las relaciones internacionales, sirviéndonos de la metáfora cartográfica sugerida en alguna ocasión por el historiador italiano Ennio di Nolfo ²⁶ ha ido afianzando sus recursos desde los años cincuenta enriqueciendo el acervo de sus habitantes a tenor de los préstamos y experiencias adquiridos desde los confines del archipiélago, en confluencia con su propia memoria y lejanas tradiciones.

Expresión de los esfuerzos de adaptación y renovación del conocimiento histórico por abrazar una realidad internacional en constante transformación, su perfil y su naturaleza han brotado desde el debate y la polémica historiográfica que siempre acompaña a la emergencia de una nueva disciplina. La historia de las relaciones internacionales, aun con las lógicas peculiaridades conceptuales y metodológicas de cada comunidad historiográfica, se ha desenvuelto hasta fechas recientes dentro del exclusivo predominio del *paradigma esalocéntrico*, en sintonía con el tratamiento que desde las ciencias sociales se ha dispensado a las relaciones internacionales y con la propia evolución de la sociedad internacional.

A mediados de los años setenta, el sociólogo Marcel Merle entendía que a pesar de la ampliación del campo de investigación y la renovación de los métodos, entre los historiadores de las relaciones internacionales

²⁵ En el primer sentido, los trabajos de Talcott Parsons, Morton Kaplan, Karl Deutsch o Immanuel Wallerstein de aproximación a la historia han encontrado su eco en la otra orilla a tenor de los esfuerzos teóricos de Jean-Baptiste Duroselle, René Girault, Klaus Hildebrandt o la tarea realizada en el seno del «British Committee on the Theory of International Politics» (véase VIGEZZI, B.: «La vita internazionale...», pp. 30 y ss.).

²⁶ DI NOLFO, E.: «Quelques observations sur les tendances actuelles des études d'histoire des relations internationales en Italie», en *Relations Internationales*, núm. 42, verano de 1985, p. 201.

la «hipótesis fundamental continúa manteniendo que los Estados son los actores principales, si no exclusivos, de las relaciones internacionales». El estudio de las «fuerzas profundas» sólo introducía «unos matices en el cuadro clásico»²⁷. Sin embargo, las «fuerzas profundas» habían transformado la relación del historiador con la historia de las relaciones internacionales y abierto a los investigadores nuevos horizontes. Pero, ¿cuáles habían sido las circunstancias y los supuestos sobre los que se había cimentado la renovación de los estudios históricos acerca de la realidad internacional, desde el escenario común de la historiografía occidental?

En el orden intelectual precedente al ciclo de guerras mundiales, que nos remite al estudio «clásico» de las relaciones internacionales, la *historia diplomática* junto al Derecho eran las disciplinas que en exclusividad convergían sobre aquella realidad social. Como creación intelectual típica de la modernidad europea, la historia diplomática refundó y adaptó a las nuevas circunstancias los conceptos y pautas de trabajo de la historia de los tratados, cuyos orígenes se remontan al siglo XVI²⁸. Y retrató un medio internacional caracterizado por la consolidación y extensión de los Estados-nación y la institucionalización de un sistema interestatal amparado en la noción de equilibrio de poder, que se proyectaría al mundo de ultramar desde el Concierto Europeo.

El surgimiento de una conciencia y una ciencia históricas en la Europa del siglo XIX fue un fenómeno indisoluble a la configuración y consolidación del Estado-nación. Expresiva la historia diplomática de los fundamentos esenciales del historicismo, como concepción dominante de la ciencia histórica de la Europa decimonónica, ésta se articulaba en un patrón metodológico caracterizado por una narración basada en la reconstrucción de los acontecimientos políticos y diplomáticos de acuerdo con su curso cronológico, por un relato más descriptivo que analítico y por una fundamentación científica amparada en la objetividad del documento diplomático, principio y fin en la tarea del historiador. La primacía de lo político entre aquellos historiadores era

²⁷ MERLE, S.: *Sociología de las relaciones internacionales*, Madrid, Alianza Universidad, 1986, p. 65.

²⁸ Véase el ensayo historiográfico de PEREIRA, J. C.: «De la historia diplomática a la historia de las relaciones internacionales: algo más que el cambio de un término», en *Historia Contemporánea*, núm. 7, 1992, p. 156.

un calco de la actitud y la visión del mundo por parte de los diplomáticos y del horizonte de las cancillerías ²⁹.

Pero los profundos cambios que acontecieron en el devenir de la sociedad internacional y el nuevo horizonte intelectual en el que emergían las ciencias sociales, a los que ya hemos hecho mención, convergían con la agitación que desde diferentes latitudes y desde finales del siglo XIX iba prendiendo en algunos círculos historiográficos frente al historicismo. A caballo entre un siglo y otro, fueron surgiendo sensibilidades y actitudes críticas hacia el encorsetamiento del discurso del historicismo. Historiadores que abogaban por una visión omnicomprendiva de la historia, en la que tuvieran cabida no sólo los hechos políticos, sino también la vida económica, social y cultural. Frente al limitado vuelo de la narración, centrada en la reconstrucción de los acontecimientos ligados al devenir de las élites dominantes y los Estados, promovían el análisis de las estructuras sociales en que esos acontecimientos acaecían. Argumentos que apuntaban, en opinión de Julián Casanova, hacia una noción de historia como «ciencia social que examinaba los procesos sociales con la ayuda de teorías explícitas y un aparato conceptual que, no obstante, debía tener en cuenta la historicidad del contexto único en el que esos fenómenos ocurrían» ³⁰. Una nueva sensibilidad que se alimentaba del diálogo con otras ciencias sociales y predicaba el camino de la interdisciplinariedad.

En Europa la resistencia y la inercia de la historiografía tradicional fue mucho mayor y puesto que fue en el viejo continente donde se afianzó una centenaria tradición de historia diplomática y donde brotarían y se institucionalizarían nuevos caminos en el análisis y comprensión histórica de las relaciones internacionales, sobre este escenario historiográfico haremos la transición en el discurso histórico. Sin duda, la propuesta más radical y ambiciosa por construir una nueva historia en la Europa de la primera mitad de siglo se fraguó en los círculos académicos franceses. La construcción de la llamada «nouvelle histoire»,

29) RENOUVIN, P.: *Historia de las relaciones internacionales*, Madrid, Aguijar, t. I, vol. I, 1967, p. IV. Consúltese, asimismo, para la valoración de la naturaleza de la historia diplomática los estudios de: CRAIG, G.: «The Historian and the Study of International Relations», en *The American Historical Review*, vol. 88, núm. 1, febrero de 1983, pp. 2 Y 7; DUROSELLE, J.-B.: «De l'histoire diplomatique à l'histoire des relations internationales», en *Mélanges Pierre Renouvin. Études d'histoire des relations internationales*, París, PUF, 1966, pp. 1-2, Y ELIAZALDE, Ma D.: «Diplomacia y diplomáticos...», p. 31.

30) CASANOVA, I.: *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, p. 22.

a raíz de los esfuerzos de Lucien Febvre y Marc Bloch y su bautismo fundacional con la creación en 1929 de la revista *Annales d'histoire économique et social*, evocaba un ideario en las antípodas del historicismo. Los *Combates por la historia* de Lucien Febvre tuvieron su particular episodio, su *pequeño combate por la historia* –en expresión de Jean-Pierre Aguet– frente a la historia diplomática tal como la entendían³¹. Las meditaciones que Febvre llevó a cabo sobre ciertas obras de historia diplomática servían de vehículo para denostar y desnudar las insuficiencias de la historia episódica, y de un relato que sólo se preocupaba de la «corteza superficial de su globo, de su esfera político-diplomática»³².

Sobre estas premisas reformularía Fernand Braudel su tesis doctoral al desplazar el sujeto de su investigación de la figura del rey, Felipe II, al Mediterráneo. Publicada en 1949, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, integraba la historia diplomática en su arquitectura general del tiempo, en el tercer escalón –el del tiempo corto, el del acontecimiento–, y en el esfuerzo por hacer una historia total.

La emergencia de una nueva historia científica, que cristalizaría tras la Segunda Guerra Mundial en la institucionalización de la historia social, y la conciencia, en amplios círculos de la comunidad académica, en torno a las limitaciones del historicismo, fue un fenómeno que, con lógicas diferencias y peculiaridades nacionales, caracterizó el decurso de las historiografías de Europa Occidental. Entretanto, los estudios históricos internacionales afrontarían un proceso de transición en que la historia diplomática tradicional fue sometida a una profunda revisión, al socaire de los cambios promovidos desde la historia científica y las ciencias sociales y a la estela de una sociedad internacional cuyas transformaciones habían desbordado los cánones del mundo decimonónico, hábitat natural en el que se había desarrollado la historia diplomática. El itinerario de aquella transición no culminó en una historia diplomática remozada sino en la emergencia de una nueva noción his-

³¹ AGUET, Jean-Pierre: "Un combat pour l'histoire: Lucien Febvre et l'histoire diplomatique", en FRIEDLÄNDER, S.; KAPUR, H., y RESZLER, A.: *L'historien et Les relations internationales*, Genève, Institute Universitaire des Hautes Études Internationales, 1981, p.6.

³² FEBVRE, L.: *Combates por la...*, p. 98. Las dos obras que son objeto de reflexión fueron la *Histoire diplomatique de l'Europe* (1871-1914) publicada en 1930 bajo la dirección de Henri Hauser y *La paix armée et les relations internationales de 1871 à 1914* de A. Roubaud publicada en 1945, aunque fue terminada en 1940.

toriográfica, la historia de las relaciones internacionales. Pero, ¿qué supuso la historia de las relaciones internacionales en términos historiográficos?, y ¿cuál fue el alcance de la misma en la historiografía europea?

Una respuesta preliminar a la primera cuestión bien pudiera comenzar por la valoración que, en su momento, ya hiciera Jean-Baptiste Duroselle al comparar la línea de trabajo de Pierre Renouvin en los años cincuenta con la de Émile Bourgeois y concluir que el cambio era de tal magnitud como el paso de un «mundo en dos dimensiones» a un «universo en tres dimensiones»³³. La incardinación y la aceptación de la nueva disciplina no transcurrió sin reticencias y sin fricciones en un contexto científico dominado en aquellas décadas, como bien advierte María Victoria López-Cordón, por el papel y el análisis de las estructuras³⁴. En Francia este camino se recorrió en una atmósfera historiográfica caracterizada por sus grandes oscilaciones y el afán rupturista auspiciado desde *Annales*. En cambio, en otras historiografías como la británica, la italiana y la alemana, persistió –en opinión de la citada historiadora– una «cierta fidelidad a la historia diplomática tradicional, progresivamente enriquecida con las aportaciones que llegaron desde otros campos y que afectaban más al sistema de análisis que al ámbito de la investigación»³⁵. Todo ello permitió una renovación desde dentro más escalonada, no exenta de las propias peculiaridades nacionales.

Los orígenes y los primeros indicios de renovación en los estudios históricos sobre las relaciones internacionales surgieron tras la Gran Guerra y en los años del período de entreguerras. El análisis del nuevo sistema internacional y la preservación de la paz animó a la creación del «Institute Universitaire des Hautes Études Internationales» en Ginebra por iniciativa de William Rappard y Paul Mantoux y las instituciones ya mencionadas en el ámbito anglosajón, así como al surgimiento de las primeras cátedras en Aberystwyth, Oxford y Londres y en las que recalcaron destacados historiadores como Alfred Zimmern, Edward Hallett Carr o Arnold J. Toynbee.

³³ DUROSELLE, J.-8.: «De l'histoire diplomatique...», p. 4.

³⁴ LÓPEZ-CORDÓN, M. V.: «Bases sociales e ideológicas de la política internacional española», en *I Encuentro peninsular de Historia de las Relaciones Internacionales*, Zamora, Ministerio de Asuntos Exteriores, Fundación Rei Afonso Henriques, Banco Espírito Santo, 1998, p. 195.

³⁵ *Ibidem*, p. 197.

Desde estos círculos se emprendería, como en otras historiografías europeas, un ingente esfuerzo de investigación e indagación sobre la nueva realidad internacional y las causas y responsabilidades de la Guerra del Catorce. El debate sobre las responsabilidades y las causas de la guerra bipolarizó buena parte de los esfuerzos de la historia diplomática, tanto en Alemania para responder y dismantelar las tesis del Tratado de Versalles³⁶ como en Francia para legitimar los fundamentos de la paz. Es sintomático, en este sentido, la especialización de Pierre Renouvin durante aquellos años en la historia de la guerra desde la Universidad de la Sorbona. Pero en el transcurso de aquellos años la evolución de su obra y la creación del «Institut d'Histoire des Relations Internationales Contemporaines» en 1935 establecerían los cimientos para una profunda renovación conceptual y metodológica. En Italia, el profesor Brunello Vigezzi nos recuerda la sensibilidad evocada por la Nueva Escuela de Historia Moderna y Contemporánea, fundada en Roma a finales de la década de los veinte, en la que G. Volpe subrayaba la conveniencia de habituarse a considerar las relaciones internacionales, de modo que no se contemplase la política exterior como algo autónomo, sino entrelazado con la cultura, con la economía y con toda la historia de los pueblos³⁷. Aquella atmósfera de renovación que emergía en algunos círculos académicos se había explicitado, asimismo, en el VII Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Varsovia en 1933, en el transcurso del cual algunas intervenciones insistían en las limitaciones de la historia diplomática para analizar y comprender la complejidad de los recientes fenómenos internacionales³⁸.

No será, sin embargo, hasta después de la Segunda Guerra Mundial, y especialmente en el curso de la década de los cincuenta, el momento en que cristalice la nueva disciplina histórica y se inicie su institucionalización y socialización académica, así como el debate sobre su naturaleza y su lugar entre las ciencias sociales.

En Francia, la obra y la tarea académica e intelectual de Pierre Renouvin y Jean-Baptiste Duroselle, perfilada y conceptualizada a partir de la noción de las «fuerzas profundas», cimentarían el contenido y los contornos de la historia de las relaciones internacionales como nueva

³⁶ Véase MÜLLER, K.-J.: «La situation dans la République fédérale d'Allemagne», en *Relations Internationales*, núm. 42, verano de 1985, p. 146.

³⁷ VIGEZZI, 8.: «Quelques remarques sur...», pp. 190-191.

³⁸ Véase PEREIRA, J. C.: «De la Historia...», p. 157.

disciplina histórica. La coherencia de sus postulados, apuntalados por su implantación y consolidación institucional, y su línea evolutiva orientada hacia la ampliación y la profundización de sus contenidos y de sus propuestas metodológicas, se han dejado sentir con mayor o menor intensidad en la historiografía europea hasta convertirse en un punto de referencia ineludible en la disciplina.

La historia de las relaciones internacionales en Francia inicia su etapa decisiva en la segunda posguerra mundial. Por delante restaba un laborioso camino para madurar, explicitar y sistematizar el nuevo método, en el curso del cual dos obras atesorarían en sus páginas este esfuerzo renovador. En primer término, la publicación entre 1953 y 1958 de los ocho volúmenes de un clásico *La Historia de las relaciones internacionales* y, años después, en 1964 la aparición de la obra *Introduction (L'histoire des relations internationales)*, elaborada por Renouvin y su estrecho colaborador, Jean-Baptiste Duroselle. Ambas obras colman uno de los objetivos explicitados por Renouvin en la introducción general a la *Historia de las relaciones internacionales*, «situar las relaciones internacionales dentro del cuadro de la historia general -historia económica y social, historia de las ideas y de las instituciones-»³⁹. En aquellas obras, a pesar del calado conceptual y metodológico de la segunda, Renouvin nunca dio una construcción formal a la teoría de las «fuerzas profundas»⁴⁰. La formulación teórica no sólo de la noción y la teoría de las «fuerzas profundas», sino la ambición por proponer una teoría de las relaciones internacionales «a base de historia» alcanzaría su máxima expresión en la historiografía francesa con motivo de la publicación en 1981 del libro de Duroselle *Tout Empire périra. Une vision théorique des relations internationales*, luego revisado y puesto al día en 1992.

La labor investigadora, divulgativa y pedagógica se impulsó no sólo desde las aulas universitarias, sino a través de centros especializados

³⁹ RENOUVIN, P.: *Historia de las relaciones internacionales*, t. 1, vol. 1, Madrid, Editorial Aguilar, 1967, p. XIV. Habría que recordar en este contexto la publicación en 1962 de otro trabajo clásico en el estudio de las relaciones internacionales, *Paz y guerra entre las naciones*, de Haymond Aron, obra desde la que se esbozaba una teoría de la historia de las relaciones internacionales, quebrando el marco cronológico e indagando en los móviles de la política exterior y los mecanismos de las relaciones internacionales (véase FERRO, II: «Vers le renouvellement de l'histoire des relations internationales», en *Annales*, XX, núm. 1, 1965, p. 175).

⁴⁰ Véase DUROSELLE, J.-B.: «Pierre HenoLlvin (1893-1974)», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, t. XXII, octubre-diciembre de 1975, p. 504.

como el «Institut Pierre Renouvin» de la Universidad de París -sucesor del que fuera creado en 1935— y la «Société d'Études Historiques des Relations Internationales Contemporaines», así como de la prestigiosa revista, de paternidad franco-suiza, *Relations Internationales* creada en 1974 por Jean-Baptiste Duroselle y Jacques Freymond, que devino en uno de los principales foros de discusión y divulgación de la historia de las relaciones internacionales.

Pero ¿cuáles fueron los planteamientos y postulados clásicos de las «fuerzas profundas» sobre los que se cimentó aquella renovación historiográfica? El objetivo declarado de la empresa colectiva que fructificó en los volúmenes de la *Historia de las relaciones internacionales* era:

«(...) mostrar cuáles han sido, en las relaciones entre los pueblos y entre los Estados, las transformaciones importantes y determinar en la medida de lo posible, las causas. Estas transformaciones han sido tanto el resultado de conflictos, en los que importa buscar sus orígenes y medir su alcance, como el resultado de una evolución lenta: la de las *fuerzas profundas*, materiales o morales» 41.

El desbordamiento del encajonado cauce de la historia diplomática al analizar en su amplitud las relaciones entre los pueblos y los Estados, no supuso, aún, una quiebra en la visión estatocéntrica de las relaciones internacionales 42.

En el marco del debate entre historia episódica e historia estructural, las «fuerzas profundas» ilustran la ecléctica solución propuesta desde la historiografía francesa. La reivindicación de lo colectivo, en las «fuerzas profundas», suponía un salto cualitativo respecto a la historia diplomática, la historia superficial contra la que había arremetido Lucien Febvre, al desbordar el constreñido paisaje social de las cancillerías. y era, a su vez, una superación de la mera historia episódica, pero no en el sentido de renunciar al acontecimiento. «No hay historia sin acontecimiento», prodamaba Duroselle en *Tout Empire périra* 43. El estudio de los grandes procesos y de las estructuras, y en definitiva de la «longue durée», reivindicados por la «nouvelle histoire», son

41 RENOUVIN, P.: *Historia de las...*, pp. XIII-XIV.

42 Véase RENOUVIN, P., y DUROSELLE, J.-B.: *Introducción a la política internacional*, Madrid, Ediciones Rialp, S. A., 1968, p. 1.

43 DUROSELLE, J.-B.: *Todo imperio perecerá...*, p. 18.

asumidos por la historia de las relaciones internacionales pero sin relegar la entidad y la importancia del acontecimiento. Las «fuerzas profundas» habilitan un cauce a la «reconstrucción científica del acontecimiento»⁴⁴. Desde el punto de vista de Duroselle la controversia entre historia episódica e historia estructural estaba agotada, una vez que se coincidía en considerar que toda historia debía aspirar y debía ser «total»⁴⁵.

Buenos conocedores de la obra de Annales, Renouvin y Duroselle pretendían una historia de las relaciones internacionales *continuista*, asumiendo la herencia de la historia diplomática, y *renovadora*, actualizando el estudio histórico de la realidad internacional de acuerdo con el horizonte de las pretensiones científicas de la historia y de las ciencias sociales. Una síntesis superadora de la controversia entre la historia episódica y la historia estructural⁴⁶. Su obra ha posibilitado la incorporación posterior de nuevas líneas de investigación y nuevos horizontes al estudio de una realidad internacional irreductible a las aproximaciones exclusivamente estatocéntricas.

Al otro lado del Canal de la Mancha, la historia, y en concreto la historia diplomática, seguiría ocupando un lugar central entre los estudios internacionales en el período de entreguerras. La renovación de la historia sobre la realidad internacional cobraría un definitivo impulso desde los años cincuenta⁴⁷. Aquel tránsito tuvo lugar al abrigo de una historiografía caracterizada, en opinión de Anthony Adamthwaite, por la ausencia de tumultos ideológicos⁴⁸. La historiografía británica, a su vez, se ha mostrado tradicionalmente escéptica hacia la abstracción y los esquemas teóricos, otorgando un trato predilecto a las singularidades. Una sensibilidad explícitamente enunciada desde la historia de las relaciones internacionales por Donald Cameron Watt, una de cuyas lecciones inaugurales -concretamente la de 1983— llevaba por

⁴⁴ Véase THOBIE, J.: «La dialectique forces profondes-décision dans l'histoire des relations internationales», en *Relations Internationales*, núm. 41, primavera de 1985, p.29.

⁴⁵ DUROSELLE, J.-B.: «De l'histoire », p. 14.

⁴⁶ DUROSELLE, J.-B.: «De l'histoire », p. 14, Y MIJZA, P.: «Mentalités collectives et relations internationales», en *Relations Internationales*, núm. 41, primavera de 1985, p. 93.

⁴⁷ Véase LANGHORNE, R., y PARK, W.: «International History in...», p. 98.

⁴⁸ ADAMTHWAITE, A.: «L'état de la recherche dans le domaine de l'histoire des relations internationales en Grande-Bretagne», en *Relations Internationales*, núm. 42, verano de 1985, p. 166.

título «What About the People? Abstraction and Reality in History and the Social Sciences?»⁵⁰ ¡d.

El desarrollo y consolidación académica de la historia de las relaciones internacionales en Gran Bretaña ha tenido lugar prioritariamente desde tres focos: Cambridge, Oxford y Londres⁵⁰. En la Universidad de Cambridge, la labor de Hinsley tras la Segunda Guerra Mundial cristalizó en un dinámico centro de estudios históricos internacionales y su afianzamiento como una rama de la historia entre la década de los cincuenta y de los setenta. En Oxford, los estudios históricos internacionales adquirirían notoriedad, dentro de la comunidad académica, a tenor del magisterio de A. J. P. Taylor, que en las décadas de los cincuenta y sesenta bien podría ser considerado, a juicio de Richard Langhorne, como el gran historiador británico de «historia internacional» de la posguerra. Por último, en Londres la cátedra de historia internacional de la «London School of Economics and Political Science» devendría después de la Segunda Guerra Mundial en la creación de un Departamento de Historia Internacional, cuya dirección ha recaído en prestigiosos historiadores como W. N. Medlicott, James Joll y Donal Cameron Watt. En las últimas décadas los estudios sobre historia de las relaciones internacionales se han extendido con rapidez por la geografía británica y se han institucionalizado nuevos marcos de cooperación a tenor de la creación en 1988 del «British International History Group» y la labor de revistas científicas como *Diplomacy and Statecraft* y el *Journal of International Studies*.

El desbordamiento de la vieja historia diplomática y el limitado campo de visión de las cancillerías ha trascendido, básicamente, al calor de un discurso histórico hilado desde la tradición narrativa y el prestigio de la historia política en los círculos académicos. La historia de las relaciones internacionales en Gran Bretaña se ha desarrollado prioritariamente desde un prisma estatocéntrico.

Los estudios sobre la política exterior británica, abordados en su globalidad o a partir de diferentes perspectivas —el proceso de toma de decisiones, los servicios de información y propaganda o la opinión pública— y sobre el sistema internacional de Estados, mayoritarios en la producción historiográfica, ilustran la amplitud de campo que gradualmente se ha ido incorporando al estudio de las relaciones inter-

⁵⁰ *Ibidem*, p. 166.

⁵⁰ Véase LANGHORNE, R., y PARK, W.: «International History III...», pp. 97-105.

nacionales, consecuencia del diálogo con la historia social y con las ciencias sociales⁵¹.

De retorno al continente, la historiografía italiana sobre las relaciones internacionales transcurrió por los meandros de la historia y la evolución de la política exterior del nuevo Estado desde su unificación. Brunello Vigezzi y Ennio di Nolfo coinciden en destacar la decisiva influencia de los acontecimientos y procesos de la historia «de la última entre las grandes potencias» sobre el modo de considerar y analizar el desarrollo de su política exterior⁵².

La transición hacia la historia de las relaciones internacionales en Italia tras la Segunda Guerra Mundial, y en especial desde la década de los cincuenta, se llevó a cabo desde un panorama académico e historiográfico caracterizado por los hilos de continuidad y la inercia del historicismo que cohabitaría y competiría, desde la década de los veinte y los treinta, con propuestas más renovadoras y totalizantes que no alterarían sustancialmente el estatocentrismo dominante.

Desde la historiografía tradicional emanan dos líneas de estudio, cuya incidencia sería muy notable en el desarrollo de los estudios históricos internacionales tras la segunda posguerra mundial. Por un lado, la «historia diplomática» clásica, encarnada en Mario Toscano. Su atención privilegiada a las élites y los Estados, su predilección por la documentación diplomática y el cuidado estilo de una narración coherente y continua, no debe ocultar la complejidad metodológica y conceptual de su obra⁵³. Por otro, Rodolfo Mosca es la figura más representativa de una tendencia que ha propugnado la vinculación de la «historia de los tratados», debidamente renovada, con la ciencia política. Desde esta perspectiva convergen el estudio de la lógica de una situación, de un acuerdo o de un sistema internacional y el análisis de los cambios históricos⁵⁴.

A considerable distancia de la historia diplomática emergería otra línea de trabajo desde la que historiadores como Federico Chabod, Carlo Morandi, Walter Maturi o Ernesto Sestan aspirarían a una historia

⁵¹ Es sintomático, en este sentido, el muestreo bibliográfico, mayoritariamente de obras desde finales de los setenta, realizado por ADAMTHWAITE, A.: «L'état de...», pp. 166-167.

⁵² VIGEZZI, N.: «Quelques remarques sur l'histoire des relations internationales en Italie: formation et perspective», en *Relations Internationales*, núm. 42, verano de 1985, pp. 192-193, Y DI NOLFO, E.: «Quelques observations sur...», pp. 202-203.

⁵³ Véase DI NOLFO, E.: «Quelques observations sur...», p. 204.

⁵⁴ VIGEZZI, N.: «Quelques remarques sur...», p. 197.

global o total, capaz de comprender y reconstruir la realidad en sus aspectos más diversos. La publicación en 1951 de la obra de Federico Chabod *Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896* ofrecía una interpretación de la política exterior en conexión con las grandes corrientes que agitaban al país y con las orientaciones generales de la civilización europea de este período.

La historiografía italiana sobre las relaciones internacionales, receptiva a los aires de renovación procedentes de la «escuela francesa» y cuya influencia también se dejaría sentir en la formación de juristas y politólogos desde la década de los cincuenta⁵⁵, se convertiría en el transcurso de la década de los ochenta en uno de los focos más dinámicos y renovadores de la historia de las relaciones internacionales en Europa.

La creación en 1985 de la revista *Storia delle Relazioni Internazionali*, publicada por la «Accademia Europea di Studi Internazionali» de Florencia y bajo la dirección de Ennio di Nolfo, se ha convertido en un escenario privilegiado desde el cual observar la inquietud intelectual de la historiografía transalpina.

En la historiografía alemana, y en la de la República Federal desde su creación, sobre las relaciones internacionales las pautas de continuidad y renovación discurren dentro de análogos patrones. El tránsito hacia la historia de las relaciones internacionales tendrá mayoritariamente lugar, como en otras historiografías, desde la lealtad y la tradición de la historia política y la ampliación de la perspectiva de análisis de las relaciones internacionales.

Pero tras estas pautas esenciales de continuidad y cambio, el historiador alemán Klaus-Jürgen Müller concluye a mediados de los ochenta que Alemania es «comme un pays sous-développé» en lo que a la situación académica y cultural de la historia de las relaciones internacionales se refiere. Reflejo, en su opinión, de la carencia de una tradición continua y firmemente establecida en el mundo universitario y en el marco de las ciencias históricas. Las razones son múltiples, a tenor de la propia naturaleza del sistema educativo, al promover la enseñanza de una historia excesivamente polarizada en lo alemán, y de la situación académica e intelectual de las relaciones internacionales, donde la historia ha cedido el protagonismo a las ciencias políticas. Por último, el decurso histórico de Alemania y sus dramáticas cesuras

⁵⁵ Véase PEREIRA, J. C.: «De la historia...», p. 165.

han influido de forma decisiva en los registros y la naturaleza del discurso histórico⁵⁶.

Nunca desapareció, sin embargo, la tradición historiográfica en Alemania en el análisis de la política exterior y el sistema internacional de las grandes potencias, en la obra de algunos historiadores como Egmont Zechlin, Ludwig Dehio y Theodor Schieder⁵⁷. El tránsito de la historia diplomática a la historia de las relaciones internacionales se ha desarrollado desde la década de los sesenta, en opinión de Franz Knipping, en un escenario caracterizado por una producción historiográfica abundante, pero muy dispersa y descoordinada.

A diferencia de Francia, en Alemania no ha surgido un núcleo historiográfico, similar al tándem Renouvin-Duroselle, en torno al cual se vertebrase una renovación conceptual y un nuevo discurso del método ni unos cauces institucionales, comparables al Instituto PielTe Renouvin. A pesar del esfuerzo y del magisterio de algunos historiadores como Andreas Hillgruber, que desde los años setenta ha encarnado el desafío por construir una nueva historia de las relaciones internacionales⁵⁸, la necesaria complementariedad entre las fuerzas profundas y la acción de los hombres de Estado tropieza con numerosas reservas en los círculos universitarios alemanes. En consecuencia, en la década de los ochenta la línea dominante de análisis en la historiografía sobre las relaciones internacionales es, en opinión de Franz Knipping, la de la historia política, en un sentido amplio, desde la que se privilegia el estudio del proceso de toma de decisiones, sin olvidar los factores estructurales. Son minoritarias, en cambio, las aproximaciones que enfatizan el papel de los factores socio-económicos y culturales como motor de las relaciones internacionales⁵⁹.

Sin duda la geografía académica de la historia de las relaciones internacionales quedaría incompleta sin la adecuada atención a la historiografía de las medias y pequeñas potencias. No quisiéramos que

⁵⁶ Véase MÜLLER, K.-J.: «La situation dans la République fédérale d'Allemagne», en *Relations Internationales*, núm. 42, verano de 1985, pp. 145-146.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 147; Y véase asimismo los amplios repertorios bibliográficos de KNIPPING, F.: «L'historiographie des relations internationales en Allemagne Fédérale: quelques remarques sur la situation actuelle», en *Relations Internationales*, núm. 42, verano de 1985, pp. 149-163; y HILDEBRANDT, K.: «The German Historiography on the History of International Relations», en VV. AA., *La historia de...*, pp. 106-117.

⁵⁸ MÜLLER, K.-J.: «La situation dans...», pp. 147-148.

⁵⁹ Tal sería el caso de los trabajos de Klaus Hildebrandt desde una perspectiva estructuralista (véase KNITINC, F.: «L'historiographie des...», p. 154).

las inevitables restricciones de espacio a estas pagmas, cercenaran el interés y la aportación de otras historiografías como la portuguesa, la suiza, la belga o la española, esta última objeto de un estudio por menorizado en este mismo número. Muy influidas por las grandes historiografías, y en diferente grado abiertas e incorporadas a la renovación de los estudios históricos internacionales, sus aportaciones y su participación en los debates científicos enriquecen sustancialmente la disciplina. Los esfuerzos por formular una aproximación a la realidad internacional ajustada a las circunstancias de un actor menor, dominado intelectualmente por esquemas teóricos emanados de las grandes potencias, las aportaciones teóricas al estudio de la jerarquía de los actores internacionales o la revisión de nociones tradicionales como la neutralidad, son ejemplos ilustrativos de ese enriquecimiento al que hacíamos alusión.

En la panorámica actual, grandes y pequeñas historiografías han incrementado extraordinariamente sus contactos, aunque siempre desde la atalaya de sus propias experiencias y percepciones nacionales. Desde esta óptica no quisieramos terminar nuestro esbozo sin hacer un balance de urgencia acerca de las expectativas historiográficas sobre las relaciones internacionales y en qué medida la tendencia en la translación del eje de gravedad del Estado a la sociedad en la teoría de las relaciones internacionales tiene algún reflejo en el trabajo de los historiadores.

3. ¿Del Estado a la sociedad en la historiografía sobre la historia de las relaciones internacionales?

En el Congreso sobre Historia y Metodología de las Relaciones Internacionales celebrado en Perugia en 1989, entre las grandes cuestiones que fueron objeto de debate en su agenda figuraban las relaciones entre la historia y la teoría, así como el diálogo con otras ciencias sociales, además de aspectos concernientes al estado de la investigación y la enseñanza de la disciplina en diferentes países⁶⁰. Aspectos que en sus diferentes perspectivas ya habían aflorado, de algún modo, en el Coloquio celebrado cuatro años antes en París, y siguen siendo, en este fin de siglo, cuestiones centrales en el trabajo de los historiadores

⁶⁰ PEREIRA, J. C.: «De la historia...», p. 163.

como se deduce del quehacer de la Comisión de Historia de las Relaciones Internacionales, establecida en Milán en 1981 ⁶¹.

En un escenario entre cuyos bastidores circula el debate sobre la ciencia y el conocimiento que ha caracterizado el pensamiento de la «posmodernidad», la reflexión y los desafíos de la historia de las relaciones internacionales trascienden al hilo de la encrucijada entre paradigmas y el eclecticismo reinante en la ciencia de la sociedad internacional y a la estela del debate suscitado en el campo de la historia, a tenor de la crisis del determinismo objetivista que ha caracterizado a las grandes líneas del pensamiento histórico científico tras la Segunda Guerra Mundial en Occidente ⁶².

En este contexto, desde la década de los ochenta los hilos de conexión entre la historia estructural, básicamente la historia económica y la historia social, y la historia de las relaciones internacionales parecen acentuarse, a la vez que se diluyen algunos de los prejuicios tradicionales. Los planteamientos metodológicos y conceptuales en la historia de las relaciones internacionales, más allá del programa de las «fuerzas profundas» –en el caso de la historiografía francesa– se han ampliado hacia los terrenos de la historia social, siempre desde el carácter de síntesis de la disciplina ⁶³.

La «nouvelle histoire» de las relaciones internacionales, en expresión de Pierre Milza ⁶⁴, o la «historia social de las relaciones internacionales» asimila, en nuestra opinión, las limitaciones del paradigma estatocéntrico y refleja una amplitud de campo en su objeto de estudio, cuyos contornos se difuminan en la totalidad y la complejidad de la noción de sociedad,

⁶¹ Véase COMMISSION OF HISTORY OF INTERNATIONAL RELATIONS, *Report on Activities /1996-2000*, elaborado por Brunello Vigezú, Milano, Commission of History of International Relations, 2000.

⁶² Consúltense sobre esta cuestión el artículo de JULIÁ, S.: «¿La historia en crisis?», en *El País*, 29 de julio de 1993, pp. 1-2.

⁶³ El influjo de las nuevas corrientes historiográficas y los actuales derroteros por los que avanza la historia de las relaciones internacionales, en opinión de María Victoria López-Cordón, no implican que «se dejen de lado las denominadas *fuerzas profundas* de que hablara Renouvin, ni que los factores coyunturales queden diluidos por la toma en consideración de condicionamientos menos explícitos, sino que los problemas, los conflictos y las opciones nos parecen hoy como menos inevitables y, por tanto, más sujetos a coordenadas de carácter múltiple que resultan más próximas a la historia social que a la geopolítica» (LÓPEZ-CORDÓN, M.^a V.: "Bases sociales e...", p. 1(5).

⁶⁴ MILZA, P.: «Mentalités collectives et relations internationales», en *Relations Internationales*, núm. 41, primavera de 1985, p. 104.

en cuyo universo encuentran cabida el heterogéneo elenco de actores e interacciones de la sociedad internacional contemporánea ⁶⁵.

Ciertamente, la aproximación a las relaciones internacionales desde la óptica, cualquiera que sea, del Estado continúa siendo dominante en la ciencia de la sociedad internacional, y por supuesto en la historia de las relaciones internacionales. Pero no menos cierto es que la naturaleza de la sociedad internacional actual resulta inasequible en su totalidad desde esa perspectiva tradicional, de modo que el adecuado análisis y comprensión de la misma en su sentido histórico difícilmente será posible sin un paralelo esfuerzo de renovación y adaptación del utillaje intelectual para llevarlo a cabo. Una realidad en transformación sobre la que ya advertía Saul Friedländer a principios de la década de los ochenta, en los siguientes términos:

«(...) les réalités nouvelles des relations internationales (relations inter-étatiques, mais aussi relations transnationales de plus en plus et relations interculturelles émergentes à des multiples niveaux) excluaient désormais l'existence d'un paradigme d'interprétation unique de ce domaine, à supposer qu'un paradigme ait jamais été formulable» ⁶⁶.

En este contexto proclive a la pluralidad de teorías interpretativas, el abanico de teorías utilizables, desde la perspectiva del historiador, se acrecentará a medida que se consolide la colaboración entre los historiadores y los teóricos y el intercambio entre la historia y las ciencias sociales.

⁶⁵ A efectos empíricos resulta sumamente ilustrativa la mera consulta de los índices de la revista *Relations Internationales* desde su fundación en 1974 hasta la actualidad para constatar la multiplicidad de perspectivas sociales desde las que se aborda la historia de las relaciones internacionales, aunque luego la mayor parte de las aportaciones en cada número monográfico sean puestas en escena desde diferentes historiografías nacionales (un sumario de los índices entre 1974 y 1993 puede consultarse en el número correspondiente de diciembre de 19(4). En la misma medida resulta sintomático el elenco de encuentros científicos promovidos en el seno de la Comisión de Historia de las Relaciones desde 1989, abordando cuestiones de método, fuentes, el problema de las guerras en el siglo xx, la potencia, la neutralidad o los escenarios de las relaciones internacionales (véase COMMISSION OF HISTORY OF INTERNATIONAL RELATIONS, *Report on Activities...*).

⁶⁶ FRIEDLÄNDER, S., Y MOLNAR, M.: «Histoire nouvelle et histoire des relations internationales», en FRIEDLÄNDER, S.; KAPUR, H., Y RESZLER, A.: *L'historien et...*, p. 87.